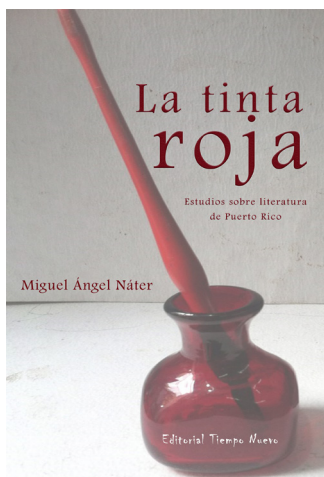


La tinta roja, de Miguel Ángel Náter, o la polémica del canon.
San Juan. Editorial Tiempo Nuevo, 2018



Carmen Centeno Añeses, Ph. D.
Catedrática
Recinto de Bayamón
Universidad de Puerto Rico

El libro *La tinta roja: Estudios sobre literatura puertorriqueña*, de Miguel Ángel Náter, representa un gran desafío para la crítica puertorriqueña, especialmente el primer trabajo titulado «Las obras que creamos... o la literatura de Puerto Rico». En él, examina, sobre todo, el canon literario existente

en las primeras décadas del siglo XX y hace referencias también a obras contemporáneas.

El canon literario ha sido discutido con anterioridad en América Latina, según señala Genara Pulido Tirado, quien destaca que su revisión «ha conducido el debate sobre las literaturas nacionales y la reivindicación y estudio de la cultura y la literatura de diversas comunidades indígenas, negras o mestizas» (101). Esta divide los estudios del canon en distintas ramas en las que sobresalen los descanonizadores o los que han pretendido desmitificar obras, los canonizadores que estudian la literatura periférica y los estudios sobre el canon actual. Náter deconstruye el canon de la literatura puertorriqueña desde la primera perspectiva al dividir en dos las obras creadas en el país: literatura puertorriqueña y literatura de Puerto Rico.

Según Náter, la primera se define del siguiente modo:

...en aquellos textos que responden a una tradición afiliada a un conjunto de grupos intelectuales que viene gestando un discurso “nacional” a partir de la publicación del *Aginaldo Puertorriqueño* de 1843 —tomando ese libro en un principio

como inicio de la literatura puertorriqueña en la isla y se consolida en el siglo XX como proyecto de una élite que se pretendía *intelligentsia* del país... (11)

Por otra parte, literatura de Puerto Rico es la que se desarrolla en la isla por puertorriqueños y extranjeros radicados en ella.

El texto se divide en cuatro partes que agrupan trabajos diversos. El primero de ellos se titula «Las obras que creamos o la literatura de Puerto Rico». Las restantes se componen de estudios dedicados a las obras teatrales, narrativas y poéticas. En ellos analiza obras dramáticas de Carmen Hernández Araujo, Alejandro Tapia y Rivera y Pachín Marín; obras narrativas de José de Diego Padró, Fernando Sierra Berdecía, Alfredo Collado Martell, Abelardo Díaz Alfaro y Esteban Tollinchi, y obras poéticas de Violeta López Suria, Iván Silén, Abniel Marat y Manuel Ramos Otero.

Náter ve un vínculo entre la crítica y la historiografía canónicas con la idea de afiliar la producción literaria con las transformaciones políticas a partir del trauma sufrido por la invasión estadounidense. Critica, a su vez, que esta visión oblitere las producciones o textos que no ofrezcan una misma mirada. Una de sus más importantes afirmaciones es que las historias literarias están afiliadas a las ideologías de la generación del treinta. Los planteamientos de *Insularismo* ya formaban parte de las discusiones anteriores a Pedreira, eminente miembro de esta generación, pero es este quien los divulga en lo que Náter denomina su excelente libro. Nos deja ver que la visión unívoca de este letrado no se deriva de su texto, sino de la recepción que este tuvo entre críticos e historiadores.

Cita a María Caballero, quien aprecia un mismo proceso en el mundo hispanoamericano en el que observa que existe una literatura asociada a lo político que en Puerto Rico se hace más evidente. Ya Eduardo Devés Valdés, en su historia del pensamiento latinoamericano, había señalado que en el Caribe y Centroamérica se acentuaba lo político por la presencia de Estados Unidos.

Matiza su planteamiento mediante las palabras de Gelpí, quien advierte que en el canon de la literatura puertorriqueña a partir de esa crítica se privilegió el realismo y a Zeno Gandía por encima de Alejan-

dro Tapia. Náter apunta que la crítica gestaba lo que él llama la lista de libros exigidos siguiendo a Harold Bloom. Son varios los que trabajaron en esta formación del canon de lo puertorriqueño: Cayetano Coll y Toste, Félix Matos Bernier, Sotero Figueroa y Manuel Martínez Plée. En este capítulo expone a los principales autores de antologías y libros que establecieron un canon con los que consideraban más destacados.

El autor de *La tinta roja* desarticula la formación de la crítica literaria de Puerto Rico vinculada a un nacionalismo político; es decir, cómo esta acompañó a la gesta de lo nacional. Por ello se privilegiaba la literatura acerca de lo puertorriqueño y la defensa del español. Se hace a la vez una inserción de Juan de Castellanos como parte de la literatura puertorriqueña. Los cronistas españoles son incluidos en el libro de Josefina Rivera de Álvarez como parte de la cultura del país, pero esta exégesis del autor cuestiona la historia literaria como una invención del nacionalismo. Es muy cierto que estas historias acompañaron el surgimiento de la nación no solo de Puerto Rico sino de las naciones latinoamericanas.

Entre los mencionados como creadores del canon puertorriqueñista se encuentra Manuel Fernández Juncos, quien se dio a la tarea de establecer una historia de la poesía puertorriqueña. En 1907, hace su *Antología Puertorriqueña* para las escuelas del país, en la que incluía a Manuel Alonso, Alejandro Tapia y Rivera, Santiago Vidarte, Alejandrina Benítez y José Gautier Benítez. Esta influye en el texto *Insularismo* de Antonio S. Pedreira y en el canon que este crea tomando en cuenta su propuesta. Este estudioso, observa Náter, se dio a una tarea ciclópea: la de su trabajo *Bibliografía Puertorriqueña* de 1932 y *El periodismo en Puerto Rico* de 1941.

Eugenio Astol, en 1922, por otra parte, creía que Puerto Rico vivía alejado del resto del mundo. Alfredo Collado Martell, por otro lado, insistía en 1928 en que la pobreza de nuestra literatura se debía al criollismo de las generaciones anteriores. Pedreira sería, años después, crítico del jibarismo y defensor de las vanguardias.

Otro de los críticos mencionados por Náter es Manuel Martínez Plée, quien en un artículo titulado «Literatura puertorriqueña contemporánea» reseña la polémica entre los tradicionalistas y los mo-

dermistás, la cual ya se había estado produciendo entre José de Jesús Esteves y José de Diego. Por otro lado, Coll y Toste gestó un proyecto para desarrollar una conciencia nacional de literatura puertorriqueña y darla a conocer en el exterior.

Náter ve, a su vez, que las primeras manifestaciones de lo nacional parten del siglo XVIII y de la Ilustración, lo que concuerda con los planteamientos del historiador Eric Hobsbawm en su libro *Inventing Tradition*, quien resalta que la nación moderna surge en el siglo XVIII. El periodismo anterior a la publicación de *El Gíbaro*, de Manuel Alonso, también ya manifestaba el anhelo de patria.

El trauma que señalara Francisco Manrique Cabrera fue la metáfora que unió a diversos sectores literarios que se proponían hacer una interpretación política de la literatura o producir ficciones asentadas en esta noción. Náter critica esta posición, porque silenciaba a otras literaturas que se producían en el país y que hacían propuestas estéticas diferentes. Una estética concebida desde un pequeño círculo, señala Hans Robert Jauss en su libro *Toward an Aesthetic of Reception* priva a la literatura de su función social. También señala que los últimos casos que ha observado de esta línea de pensamiento son el de Luis Felipe Díaz, el de Gabriela Tineo sobre Luis Rafael Sánchez.

Otro teórico que discute este investigador es a Juan Ángel Silén, quien a pesar de afirmar que la historiografía que sostiene la literatura puertorriqueña tiene una genealogía errada que parte de la Generación del 30, utiliza el término burguesía para otorgarles afinidad con la clase hacendada. Náter le critica a Silén que no se percató de que tanto la Generación del trauma y del tránsito como la Generación del treinta son creación de la historiografía de Francisco Manrique Cabrera y herencia de Pedreira en *Insularismo*. Es en este texto con el que se generaliza académicamente una literatura puertorriqueña. Desde antes de la publicación de *Revista de las Antillas* se venía repitiendo la tendencia a exponer los valores literarios del país y a resaltar la identidad nacional y la afirmación cultural.

Una de las observaciones de Náter sobre la crítica literaria es que esta elogia obras que no se lo merecen y las elige, a veces, por trabajar temas marginales. Expone que la crítica debe valorar la estética de las obras sin que intervenga su temática, sea esta gay o feminista. Cri-

tica duramente las modas literarias y la canonización de lo marginal. Caso más grave es la crítica que se afana por describir una literatura puertorriqueña producto de la posmodernidad. Se opone también al carácter elitista de la consagración de la literatura actual mediante periódicos como *Diálogo*, la editorial Callejón, *El Nuevo Día* y *Claridad*. Es obvio el vínculo de algunos con la posmodernidad. Critica de forma implícita la postura que asumieron los posmodernos hacia lo puertorriqueño.

Náter cita a Rafael Bernabe, quien ha destacado que la invasión de 1898 logró esperanzar a diversos sectores de la sociedad puertorriqueña. Esto conducirá a una visión de los mismos como redentores. La novela que se preocupaba por lo nuestro, por nuestra idiosincrasia, echó frutos a finales del siglo XIX, culminando en un canon que pretende incluir lo nacional, el jíbaro, los problemas sociales particulares de la sociedad puertorriqueña.

Por último, en esta sección Náter declara estar lejos del discurso posmoderno, pues entiende que este no conduce a lugar alguno. Cita a Áurea María Sotomayor y su afirmación de que no hay escrito efímero cuando se intenta trazar la historia literaria de un país. Para él, el crítico con fervor al que aludía T. S. Eliot es imprescindible para emprender un camino de búsqueda de obras ignoradas por esta crítica manteniéndolas en el silencio.

En este libro, no hay duda de que Miguel Ángel Náter examina rigurosamente obras no desconocidas por los estudiosos de la literatura, analiza el nacionalismo cultural y sus efectos en la creación del canon y expone ideas sobre la crítica que a veces son polémicas como sus concepciones estéticas, lo que nos ayuda a reflexionar sobre nuestra producción literaria y la forma de organizar su historia. Coincidimos con él en muchos aspectos y consideramos que el libro es una gran aportación a los estudios literarios de Puerto Rico.